

La carpintería de Tomás González

Asombro

TOMÁS GONZÁLEZ

Seix Barral, Bogotá, 2021, 180 pp.

AQUÍ ESTÁ un creador que, entrado en la madurez creativa, se muestra ante sus lectores sin imposturas. Más bien, con ese humor irónico del que es capaz, con esa ternura que se cuela entre las páginas de algunas de sus publicaciones y sin ocultar esa timidez de “cusumbo solo” o la exasperación que a veces lo visita. Llega incluso a desnudar heridas que los han aquejado, a él y a los suyos, a lo largo de siete décadas. En *La espinosa belleza del mundo*, uno de los textos que forman parte del libro *Asombro*, afirma:

Pienso que, si no logra que prevalezca la vida al contar tragedias u otros hechos espantosos, la narración va a parecer incompleta, parcial, como un árbol aniquilado por su propia sombra. Y al revés: si no se logra que las historias alegres contengan la sombra, van a quedar como débiles fantasías. (p. 20)

Asombro comprende artículos y ensayos, algunos inéditos, de poca extensión, y varios ya impresos, que dan cuenta del trasegar del autor desde su infancia paisa en las fincas, pasando por sus estadías en la costa Caribe; su experiencia como barman o cuasi gerente del sitio de salsa *El goce pagano*, en Bogotá; su andar de tantos años por los Estados Unidos y, finalmente, su retorno a Colombia y el regreso a la naturaleza, a esas fincas que siempre ha llevado consigo. Se trata, en últimas, de una recopilación con reflexiones sobre la vida, el arte y su labor con las palabras.

Es un acercamiento a lo que se podría llamar el arte poética de Tomás González. Apropiado para quienes gustamos de conocer la carpintería de la escritura, el cómo un autor llega a serlo, qué y quiénes influyeron en él, el medio que lo rodeó, los temas a los que llega, por qué los desarrolla como lo hace, cuáles creadores lo han tocado en especial, de dónde surgieron los hechos y los personajes de sus libros que nos cautivaron, qué piensa

Tomás González, cómo vive, en que ha consistido su paso por el mundo. Dice él: “Creo que las obras literarias están formadas por memorias, es decir, por ecos de hechos. Esto sin excepción. Incluso en aquellas que se habla de marcianos” (p. 28).

Como es apenas lógico en un volumen que recoge textos de aquí y de allá, de diversas épocas, abarca disímiles asuntos y maneras de abordarlos, que pueden interesar más unos que otros. Además de aproximarse desde variados ángulos a períodos de la vida y el trabajo del autor, el libro es una muestra de su forma de escribir; con un estilo claro, directo, concreto, preciso, que no da vueltas, que no se extiende más de la cuenta, al que se le puede aplicar la manida consigna: no le sobran ni le faltan palabras o frases. A través de enunciados contundentes, da puntadas a sus concepciones sobre el arte y la literatura: “Decir lo que no se podía decir porque era demasiado íntimo, y como tal inexpresable, es algo que siempre se busca, sea en poesía, o en pintura, o en novela. De eso se trata, a mi modo de ver, y es lo más difícil” (p. 23).

Se van intercalando textos que relatan sucesos y consideraciones sobre la creación. Hay aquí reflejado un observador perspicaz que reflexiona: “Las novelas son [...], a mi modo de ver, la mejor vía que tenemos, no de *entender*, cosa imposible, sino de *sentir* el pasado” (p. 44).

Hay crónicas personales, en las que cuenta fuertes pasajes de su existencia, con una prosa precisa, sin adornos, como esa impactante descripción de la enfermedad de su esposa, y cómo dicha enfermedad acabó con el amor antes que con ella, escrita desde las entrañas del sufrimiento. Dice el autor en “Dora y la vida”: “Después de más de cuatro decenios de estar juntos, a Dora y a mí no nos separó la muerte sino la enfermedad. Cuando la muerte llegó, hacía ya tiempo que la enfermedad nos había separado” (p. 116).

Confieso que, a la manera de *Agua por todas partes*, del cubano Leonardo Padura, donde hay muchos detalles sobre la estructura de sus últimas obras, me hubiera gustado que en *Asombro* se profundizara más en el proceso de cada uno de los trabajos de Tomás González. Porque, aun cuando lo hace en varios de ellos, en otros apenas hay

pinceladas que sugieren detalles de su génesis y desarrollo.

Quiero resaltar cuatro textos en los que se refleja el humor punzante del autor. En “Propuesta de artículo sobre la abolición de los premios literarios y las rifas”, luego de señalar en forma tajante que no sirven para nada, y de enumerar una por una sus justificadas razones, concluye que... pero no, mejor dejar al lector que descubra el final y lo que cobraría él por este artículo. En “Bien lo cantaba Pink Floyd”, como se desprende del título, los dardos van dirigidos contra la educación formal, y después de lanzarlos argumenta: “¿Se está diciendo aquí que la educación, tal como la conocemos, es inútil y además perjudicial? Se está diciendo eso. No es la primera vez que se lo dice ni será la última” (p. 82). Y en otras dos notas sus palabras se clavan en el lomo de la industria editorial que, según las razones que da, ha confeccionado una especie de catálogo o de marco para producir la literatura que hoy se consume.

Sin duda, esta es una buena radiografía del pensamiento y el trabajo de Tomás González, quien publicó en los años ochenta su primer libro, *Primero estaba el mar*, en Los Papeles del Goce, mediante una vaca entre los habituales contertulios del lugar. Me hizo desternillar de la risa con *La historia de Horacio*, libro al cual se refiere en diversos momentos del presente volumen y que me recordó la buena literatura que, al tiempo que marca ideas y caminos profundos, lo hace con humor, con sarcasmo, de forma tal que se acerca a obras memorables como *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, *Gargantúa y Pantagruel*, o *El maestro y Margarita*.

Guillermo González Uribe